

(231)
SÉPTIMO TRIMESTRE. 1.º de febrero 1839.

CAPILLADA 114. (62 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

Si quis malus fabulerus dixerit animalia temporis Fr. Gerundii non etiam esplicoteari sicut animalia temporum Regis Perici, anathema sit.

Si algun mal fabulero dijese que los animales del tiempo de Fr. Gerundio no se esplicotéan tan bien como los del tiempo del Rei Perico, le condeno á diez años de presidio con retencion.

CONC. 4. GER. CAN. 10.

LOS DOS LEONES.

Era la una dada: la noche estaba despótica y tenebrosa: las luces todas habian muerto como mueren las de un pueblo culto invadido y dominado por otro pueblo bárbaro: no se podia andar sin temor de estrellarse contra una esquina, y aun la libertad del pensamien-

to, única libertad que puede gozarse en tiempos tenebrosos, la coartaba el cuidado y el temor de romperse la testa contra la reja de algún cuarto bajo, ó de poner sin pretenderlo en fuerte contacto el ángulo saliente de la cara con el ángulo saliente de algún edificio. De poco le hubiera servido al Sr. Lujan en aquella ocasion decir como dijo el otro dia en las Córtes: «yo debo decir la verdad á la faz del mundo:» porque aquella noche el mundo al menos por aquella parte no tenia faz. Bien que lo mismo le dió decírselo al Congreso, porque las verdades asi dejan de verse por falta de luz como por cerrar los ojos á ellas, pues no hay peor ciego que el que no quiere ver.

En tal estado de tenebrosidad y á la hora enunciada, pasaba no há muchas noches mi Paternidad muy Reverenda por junto al edificio de nuestro Congreso nacional. «¿Pues dónde vendria Fr. Gerundio, dirá al llegar aqui mas de un lector, por aquellos sitios y á tales horas?» Verdaderamente no estraño lá observacion y la pregunta, por la circunstancia de que colocado el templo de las leyes á un extremo de la poblacion, apenas puede ser ya paso para ningun punto de ella. Por la parte interior sí, por que es la senda ó atajo por don-

de caminan muchos al país de los empleos y las elevaciones; pero por su parte esterna no puede ser ya camino mas que ó para el palacio de Villahermosa, ó para el Observatorio astronómico, ó para la pajarera del supuesto Tio Vivo. No diré á vds. ahora de dónde y de qué venia aquella noche mi Reverencia; quizá otro dia lo diga si me pareciese convenir al mejor servicio nacional: pero júroles desde luego por mi ánima y mi capilla que no andaba en malos pasos: miento; en malos pasos andaba, porque la falta de luz me hacia tropezar á cada instante, pero juro otra vez por mi escapulario que no eran malos pasos de otra especie.

Yo venia arrimadito á la pared para no estraviarme, y el faltarme ésta porque seguia un vacío, me advirtió que estaba frente y junto al santuario de nuestras leyes. Figúrense vds. cual me quedaria al oír una como voz humana que salió de aquel hueco y de entre aquellas columnas: conjelóseme la sangre en el cuerpo en términos, que si hubiese sido posible recoger los carámbanos de sangre que en los canales de mis arterias debieron formarse; podrian los botilleros hacer pasar la sangre de las venas de Fr. Gerundio por sorbete de

fresa ó por quesitos helados de grosella. Pero volviendo un poco de mi estupefaccion, empecé á decirme: "¿de quién podrá ser esta voz? ¿Quién podrá hablar aqui á estas deshoras? ¿Si será el señor Ramirez Arellano que fastidiado de habersele por tres veces suspendido la admision en el Congreso como diputado habrá venido á invocar de noche una ley que nunca ha sido escuchada para él de dia? ¿Si será Galiano que no habrá estado en disposicion de ir á casa por algun accidente apoplético? ¿Si será Argüelles que se habrá quedado por la tarde con la palabra en la boca y habrá venido á concluir su discurso para poder dormir tranquilo? ¿Si será Lopez que haya venido á interpelar estas columnas por su eterna inamovilidad? ¿Quién será? ¿O será acaso algun cesante ó esclaustrado que no encontrando ya donde cobijarse á pasar la noche por no tener con que pagar la hospitalidad habrá venido á guarecerse aqui donde se hacen las leyes que tan bien parado le tienen á él? ¿O quién sabe si será algun penitente que haya venido á hacer del pórtico de este augusto templo el templo profano de sus pasajeras adoraciones á alguna trapajosa Venus ó á alguna Aspasia remendona?

En esto oí que decía una voz. “¿viste la consigna?—Sí, respondía otra voz no menos bronca.—¿Y qué orden han dado al centinela?—La de siempre, que cuide de que no tiren piedras á Cerbantes, y que no nos rayen á nosotros.—Si; estremos de españoles. Mientras vivió le tuvieron en las cárceles; y ahora que le han levantado ahí esa estatua quieren que la guardia cuide de que no la tiren piedras.—En verdad que por todos estilos me parece una necesidad; lo primero, porque si desde cualquiera calle le diera gana a un mal intencionado de arrojar una piedra, de ningun modo podria evitarlo la guardia; y lo segundo que creo que nadie se acordará de apedrear esa estatua. Si fuese á alguno de los que aquí vienen todos los dias, no juraré yo que no haya quien abrigue intenciones y deseos de hacerlo. Esto nadie lo sabe mejor que nosotros que lo oimos de boca de los mismos que los tienen.

Desde luego entendí que mis dos dialoguistas hablaban de la consigna diaria que se hace en la guardia que dan los Nacionales al Congreso; pero no podia atinar quiénes fuesen los interlocutores. Escuché mas y percibí que decía uno de ellos: “¿podremos hablar?”—¿Por

qué no? contestaba el otro: ¿no hizo ese de la estatua hablar á dos perros, á quienes le dió la gana de bautizar con los nombres de Cipion y Berganza, y lejos de reconvenirle nadie por ello, se lo han aplaudido, y eso que no tenían tanta necesidad de hablar como nosotros?—No consiste en eso, sino que si nos oye Pidal no nos dejará de serviles, y facciosos, porque dirá que faltamos al decoro del Congreso.—Eso mismo le podremos nosotros decir á él, porque mas directamente le falta quien se dirige al público y lo califica con espresiones y dictados tan poco mesurados y decorosos como lo hizo ayer tarde.... A este tiempo se oyó rugir el leon del Retiro, y al oirlo dijo uno de ellos: ¿oiste? «¿El es! él es!»—¿Qué ha de ser él? contestó el otro: ¿no has conocido que es nuestro compañero el del Retiro?

Entonces ya entendí yo que los que hablaban eran los dos leones que están á la entrada del Congreso; con lo que creció mi admiracion; y en aquel momento todo lo que nos cuentan Esopo, Fedro, Iriarte, La-fontaine y Roman de Pinos no solo me pareció verosimil sino que estube cerca de persuadirme á que los apólogos eran historias verdaderas. «¿Qué te parece (continuaron) de nuestras Córtes? ¿Podre-

mos esperar algo bueno de ellas?» El leon de la izquierda comenzó á desperezarse, sacudió la melena, estendió una garra, abrió las anchas fauces, y dió un rugido tan espantoso, que ya no se me cuajó la sangre, sino que me faltó poco para caer de espaldas. Yo no sé si á Roma le aterrarian tanto los tres leones que le dejó por mucha fineza Hamilcar para desgarrarla, como á mí, pobre Fr. Gerundio, me aterró aquel solo animalote. Yo creo que si el de Neméa hubiera hecho una evolucion semejante cuando se le acercó el hermano Hércules, se hubiera tentado las barbas el mancebo antes de echarle mano; creo mas: que si alguno de los del lago de marras hubiera hecho una demostracion como aquella, al hermano Danielito le hubiera quitado la gana de andarse entonando cantinelas. Pintan á S. Marcos escribiendo su evangelio con un pie apoyado sobre la melena de un leon, pero no hay peligro de que pinten á Fr. Gerundio (á no mentir escandalosamente) escribiendo una capillada sobre la melena del leon de la izquierda del Congreso de diputados. Tal fue el terror que infundió á mi Paternidad aquel rugido y aquel esperezo. Pero quedé luego agradablemente sorprendido al ver que todo aquel aparato, y aquella

contorsion, y aquel bostezo, y aquel rugido, vino á resultar una solemne carcajada. Concluida la cual le dijo el leon riente al leon interrogante: «¿y á tí, qué te parece, compañero? ¿Se atreverá el gobierno á disolverlas?» A esto el leon de la derecha estiró una pata, enroscó la cola, llevando el fleco de su punta hasta la guedeja, abrió las mandíbulas, y cuando yo creí que iba á dar otro rugido de enfado y de resentimiento que me tumbára panza arriba, oí otra vez con sorpresa otra risotada no menos solemne que la primera. «Calla, dije entonces: estos parece que se rien el uno de las Córtes y el otro del gobierno:» lo cual no me pareció bien en sus Magestades leoninas. Pero de todos modos, dije para mí, no parecen tan bravos como al principio mostraban serlo.

«¿De qué te reias tú? preguntó en seguida el de la derecha al de la izquierda.—Yo, le contestó, de que ¿quién no conoce lo que *ellas* pueden dar de sí mientras los que tú representas no cedan de su obstinacion ó de sus planes? ¿Y tú de qué te ries?—Yo de que *él* no se atreve á disolverlas por miedo de caer en los tuyos.—Pero vamos; ¿creés que podrá *él* esperar algo de *ellas*?—Ni yo lo creo, ni lo

puede creer *él*.—¿Pues por qué no las disuelve *él*?—Porque las teme á *ellas*.—¿O por qué no le apoyan *ellas*?—Porque le temen á *él*.—Y á esto los dos leones se rieron como dos muchachos.—¿Pues no ven *ellos*, continuaron, lo que dice el *Eco*?—Sí; pero tambien ven lo que dice el *Correo*.—¿Y á quién temen?—A los dos. Porque donde quiera que se inclinen creen que les vá á echar la garra un leon como nosotros; y si disuelven las Córtes temen que los diputados que vengan van á ser todos ó como tú ó como yo, y que este edificio será una Numidia que se los tragará vivos y sin masticar.—¿No ves con qué miedo pasan por junto á nosotros?—Yo creo que mas te temen á tí que á mí.—Me parece que á los dos nos temen igualmente.—Pues anda, diles cuando pasen que no teman, y que podrá traher mucha cuenta á ellos y al estado disolverlas cuanto antes.—Yo no se lo digo, porque lo mismo sería abrir la boca que pensarse que me los iba á engullir.—Pues yo tampoco, porque se figurarian que me los iba á devorar.—¿Pues á quién buscaremos que se lo diga?—Mira; para eso nadie mejor que Fr. Gerundio. Si le viésemos le daríamos esta comision.

Entonces yo me animé, y saliendo de detras

de la esquina dejé ver mi humanidad reverenda á la escasísima luz de la luna que por entre dos nubarrones de nieve enviaba sus pálidos rayos. Miráronme, y reconociéndome al instante, me instaron á que me aproximase á ellos: yo lo hice confiado en su nobleza, y en términos esplicitos me encomendaron la mision de decir al gobierno: «obra con resolucion, y no temas á los leones del Congreso: no te espanten sus ruidos, porque no los dan sino para aterrarte, y para reirse despues de tu temor y tu debilidad.» Recibí mi mision, me despidieron con alhagos, ellos se restituyeron á su natural inmovilidad, y yo vine meditando en la estraña aventura, y resuelto á añadir á las palabras de la embajada de los leones estas otras dos exclusivas de Fr. Gerundio: «Hermanos, ya os lo he dicho tiempo há: mas resolucion, mas franqueza, y menos contemplacion á unas Córtes de quienes vosotros nada tenéis que esperar, y que para todos han dicho ya lo que pueden dar de si. Y esta es la tercera y última monicion.»

SOLILOQUIO DE TIRABEQUE.

Celda gerundiana modestamente amueblada.

Tirabeque se mira á un espejo, y en seguida se pasea con mucha gravedad, creyendo encontrarse solo; pero Fr. Gerundio ha entrado por la puertecilla falsa de la alcoba sin ser sentido: alza disimuladamente la cortinilla y asomando un ojo avizor le observa y le oye pronunciar el siguiente monólogo.

“Digan lo que quieran, soy el hombre del mundo: al lado del amo cómo como un bestia, bebo como un zorro y duermo como un bruto. Yo hago y deshago en la casa; las cuentas nunca me las repara mucho; le doy de comer á sus horas y nunca falta un ratillo para ir *por ahí*, y una pesetuela de sisa para gastar alegremente con lo primero que se coja á mandamiento. En cuanto á fama nada me queda que apetecer: mi nombre es conocido y honrado por todo el mundo; yo soy el Idonis de todas la criadas y mozas de servicio, y de tal modo las privo que no dejan cazuela ni plato ni vaso á vida en las casas, que todo lo rompen y lo estropean, porque no saben lo que hacen pensando en mi. Y para mayor fortuna mia en vez de exigir las los amos la responsabilidad se contentan con escribir al mio para que lo publique, que ahí está la papelera llena de cartas de eso: y ójala que el amo las

publicára para que se viera lo que son ellas y lo que soy yo, y lo que es Tirabeque para ellas y ellas para Tirabeque. Bien que eso lo mismo sucede en la política. Estropean los ministros lo que se les antoja, que todos parece que han sido criadas segun lo desgraciadas que tienen las manos, y en lugar de exigirles la responsabilidad por los platos y fuentes que han roto, se contentan con decírnoslo á los periodistas; que ya veo yo que todo eso de responsabilidad es como «tu te las tienes Pedro.»

¿Pues que diré de los mozos de café y de los asistentes y lacayos y porteros y mancebos de tienda, y escribientes, y ayudas de cámara y otros personajes, que á todos les dan en llamar Tirabeques, parézcanse á mí ó no se parezcan, que no hay ya casa, ni tienda, ni colegio, ni meson donde no haya un Tirabeque? (Aquí bajó la cabeza, juntó las manos entre las piernas, hizo un manucuzpio, soltó una sonrisita de alegría, y dándose por último una palmadita en el muslo derecho, continuó). ¿Pero qué mas? ¿No ponen mi nombre á los perros como les ponian despues de la guerra de la dependencia *Dupont*, *Besieres*, *Boné*, *Napoleon*, y como hoy dia les llaman tambien

Sultan, Godoy y otros así? ¿Y no sucede otro tanto con los gatos? ¿Qué gato se presenta en una visita que no se pregunte luego si es el gato de Tirabeque? ¿Qué gato se oye mayar en un tejado que no traiga á la memoria el gato de Tirabeque? Luego no hay perro ni gato que no tenga noticia de Tirabeque. Y este Tirabeque soy yo (y se miraba de arriba abajo). ¿Qué sirve la fama del amo para la mia? Ahora, ahora habia de vivir mi difunta madre. (Aquí advertí que se quedó un poco pensativo; y cuando yo creí que estaria rezando algun padre-nuestro por el ánima de su difunta madre, le veo poner el dedo índice perpendicular en el centro de ambos labios, y que en seguida dice): «No señor; tambien de mi nombre se abusa, y eso no lo puedo permitir yo en conciencia: y se abusa en las Córtes, que es lo peor. Si ven, ejemplo y gracia, que Mayans hace todo lo que le dice Martinez de la Rosa, al instante dicen; «si parece el Tirabeque de Martinez de la Rosa:» porque han visto que D. Juan Carrasco está siempre hablando al oido al Sr. Alaix, cuando está sentado en el banco ministerial y el otro detras de él, al instante han dicho: «¿si querrá Carrasco ser el Tirabeque de Alaix?» No señor

esto ya es murmurar á la sombra de mi nombre, y no lo puedo consentir. Lo mismo que estarme leyendo un diputado en el salon mismo cuando trataban de la ley de ayuntamientos, sin hacer caso, de lo que se trataba y se decia. No, no: si no hacen caso que no le hagan, su alma en su palma; pero que sea por leer otra cosa y no por leer mis capilladas. Lo mismo que dejar las señoritas la labor cuando llega el Fr. Gerundio para ver lo que digo yo. (Aquí hizo otra suspension, y luego dijo): Por vida del demonio que si fuera yo mejor mozo...! (Y poniéndose frente al espejo, decia): esta pata, esta pata....! Pero ¿qué importa la pata? Tambien el diputado Seoane es cojo, y por eso no deja de ser buen diputado; y tambien el senador Solís es cojo, y por eso no deja de ser buen senador: con que tambien yo debo ser buen mozo. Y tambien acaso haria buen senador y buen diputado: ¿quién sabe todavía lo que puede dar de sí Tirabeque?

Yo me reía no tanto de la lógica de Tirabeque y de su modo de sacar consecuencias, como de su vanidad y entontecimiento; mucho más cuando le oí proseguir: «si pudiera acepillarme tambien estos carrillazos....! Porque estos molletes conozco yo que no son finos para vi-

vir en la corte. Vele ahí: lo que al amo le falta á mí me sobra. Si supiera que ayunando afinaba alguna cosilla.....! Despues me hacía falta aquí un bigote para poder decir: ¿quién vá?—El patrieta Tirabeque. Y aquí una raya bien hecha en el pelo. (Y diciendo y haciendo cogió la aljofaina y un peine, y púsose á hacerse la raya. Primero empezó á echarse el pelo de derecha á izquierda; despues dijo: «no señor, me parece que he oido decir que se peina como se escribe; de izquierda á derecha.» Hacíalo así; pero como el pelo no estaba domado, no podia ni sujetarlo ni sacar la línea recta: y dando una patada de rabia, exclamó: «por vida de Cristos! yo no sé cómo se componen ese Olózaga y ese Isturiz, que siempre trahen el pelo que dá gusto verlos. Pues señor, sea como quiera, por hoy pase; otro dia saldrá mejor: ahora voy á ver qué tal me está la ropa del amo, y si me está bien, con lo que le vaya sisando me hago un vestido nuevo, y despues pongo un periódico aparte: sí señor; yo debo escribir ya solo, solo: ya sé mas de lo que necesito para escribir por mí y ante mí.

Venia muy ancho á la alcoba, y al abrir la hoja vidriera me écho sobre él de repente y

y dándole una fuerte voz: «hé, bribon!, le dije: ¿piensas que no he visto y oído todo lo que has dicho y hecho?—Señor....—Ola! Ahora me llamas señor despues que te crees mas que tu amo, hé?—Señor, Dios nos libre á todos de una tentacion.—Dios nos libre, si. ¿Pero tu te arrepientes de haber abrigado en tu corazon esas tentaciones de necia presuncion, y esas miras avanzadas de sobreponerte á mi mismo, y de cotejarte con los grandes personajes con quienes te has comparado?—Si señor; y le prometo á vd. que nunca pretenderé salir de la esfera de simple lego.—Vaya, pues en ese caso no te impongo mas pena que la de publicar las tonterías que has hecho. Qué? qué buscas?—La moral, señor.—¿Qué moral?—La moral del artículo que vd. ponga sobre lo que yo he hecho, que por mas que la busco no la puedo encontrar.—Pues hé aqui lo mas moral del asunto: que las necedades de los que se engrien y aspiran á salir de su clase y esfera por un mérito que se figuran y no tienen, ni aun siquiera suministran materia sino para burlarse de ellos, y para *cumplir* con la capillada del dia, cuando otra cosa no se puede.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.